

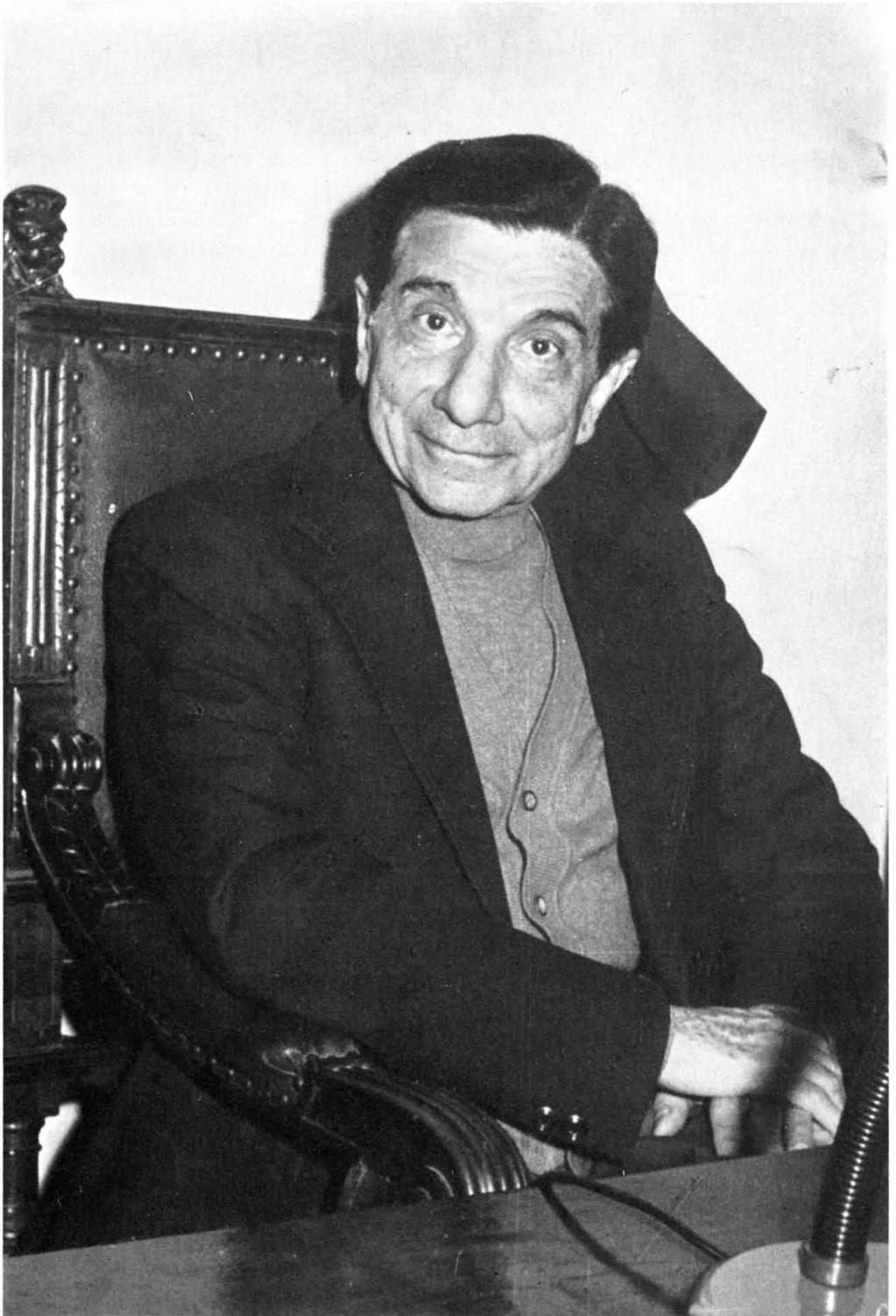
No es superfluo aclarar que cuando se habla de poder imperial, de política de bloques o del antagonismo hegemónico entre Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética, diversas maneras de nombrar o aludir los polos que se enfrentan en el orden mundial surgido de Yalta, se habla únicamente del aparato del poder político, económico y militar de dichas superpotencias que quitan o ponen rey a su agrado y antojo. No se incluye de manera alguna a los respectivos pueblos norteamericanos o soviético, los que son a su vez víctimas, en su condición humana, cívica y colectiva, de los errores deliberados o solapados que pueden cometer los centros de decisión y las cúpulas del poder.

Los pueblos en general, cualesquiera sean las ideologías a las que el vaivén de la historia los somete, son solidarios entre sí, puesto que ellos son, en definitiva, la materia y la substancia infinitamente sensibles sobre las que trabaja inexorablemente la «obnubilación en marcha de la historia». Los pueblos latinoamericanos, las formas más avanzadas de su cultura, mucho deben también a la cultura del pueblo norteamericano. El está compuesto, además, por el aporte del enorme caudal del origen hispanoamericano cuya lengua es la segunda por su importancia cuantitativa, cultural y social en el gran país del norte. Sin necesidad, pues, de exclamar con exasperación patrioterica o nacionalista «¡Iberoamérica para los iberoamericanos!», lo que sí hacen los pueblos iberoamericanos es convocar al pueblo norteamericano a una acción común en favor de la paz en el mundo, del respeto recíproco entre las naciones y de la activación y dignificación de la convivencia democrática contra los desmanes y abusos del poder alucinado por el mito del superhombre vencido en Vietnam, pero también en Hiroshima, que busca su desquite y vindicación.

Frente a esta apelación a la solidaridad de los pueblos entre sí por encima de las barreras ideológicas que los separan, apelación que puede parecer utópica o, en todo caso, cuando menos interjectiva, se yergue ese conjunto de países iberoamericanos con profundas diferencias económicas, políticas y sociales, según lo definió acertadamente el presidente argentino Alfonsín. Esta falta de unidad política y social sobre el trasfondo de la profunda unidad cultural hace que vivamos no todavía en la democracia sino —como lo advierte Octavio Paz— «en un régimen peculiar, un régimen *hacia la democracia*». Esto es, efectivamente, cierto. Paz observa que «la historia reciente nos enseña que el tránsito del despotismo a la democracia ha sido más fácil allí donde no ha aparecido, como casta o clase, una burocracia político-tecnocrática».

Hace poco Luis Marañón publicó un artículo sobre el tema de la unificación, titulado «La unidad latinoamericana, esa quimera»². Sus reflexiones reflejan un estado de opinión bastante generalizado a propósito del problema en las dos orillas del océano. Marañón admite que el fracaso del panamericanismo se debió a la supeditación o más directamente al sometimiento que éste imponía a los países latinoamericanos con respecto al gobierno de Washington, pese a la pretendida doctrina de igualdad y trato justo. Recomienda, por tanto: «Los latinoamericanos tienen que desechar la morbosa relación con Estados Unidos, esa mezcla de atracción y repulsión que arranca

² V. *El País*, Madrid, 3 de junio de 1985.



Augusto Roa Bastos

de los primeros fervores independentistas. Una cosa es negociar con los norteamericanos en situación de igualdad y soberanía plena y otra muy diferente es dejarse arrastrar por el complejo de tener que admitir sin rechistar el destino manifiesto y el monroísmo, las dos musculosas doctrinas del imperio del dólar.»

Hemos visto que ante las «doctrinas» del imperio, sean las del destino manifiesto, del «big stick» o de la seguridad nacional, tal posibilidad de negociar en posición de igualdad pertenece, ella sí, al dominio de la quimera. El propio Marañón enumera las transgresiones del imperio y acaba insistiendo, también en tono de reproche: «¿Cuándo se permitirá a los pueblos latinoamericanos edificar libremente y sin tutelas su propio destino?» (¿reproche dirigido a quién?); o cuando solidariamente preconiza que «la unidad latinoamericana, esa quimera... como entidad política de nuevo cuño es algo que corresponde decidir y perfilar a los latinoamericanos, y nada más que a ellos». Extraña entidad política de nuevo cuño: la quimera.

Lo que se opone a la unidad latinoamericana es la misma causa que produjo su fragmentación neocolonial a través de «los manejos económicos sucesivos de británicos y norteamericanos» (como lo reconoce el articulista) y el estado actual de férrea dependencia impuesta por el «coloso del Norte». Va a ser difícil, como lo sugiere Marañón, citando a Cossío Villegas, que los pueblos latinoamericanos tengan que asumir la *fatalidad geográfica* de dicho coloso y aceptarla pasivamente «con vistas a los pactos del futuro y sin que ello suponga hipotecar los principios irrenunciables de *latinoamericanismo* y la capacidad general de maniobra». Esto es lo que torna quimérica, precisamente, la unidad latinoamericana.

Los pueblos latinoamericanos podrán asumir tal vez la *fatalidad geográfica* de estar situados en el área de influencia y dependencia del imperio del norte sin que esto implique aceptar resignadamente su tutela y mandato. Del mismo modo que, para bien o para mal, las naciones de Occidente (desde las potencias centrales a los países de la periferia dominada) asumen esta realidad geográfica, geopolítica, económica y militar. Lo hacen en todas sus instancias coyunturales y estructurales, adecuando a ellas sus sistemas de alianzas y de organizaciones regionales tendentes a proteger la expresión de sus singularidades y necesidades, de sus márgenes de maniobra y el equilibrio de competitividad en el mundo superindustrializado del presente. Tal es el caso de la Comunidad Europea o el *Commonwealth*, por ejemplo, con las múltiples organizaciones que derivan o que sustentan estos sistemas en el marco de las instituciones mundiales.

Si en Latinoamérica el desarrollo desigual de sus países, los regímenes autoritarios y antidemocráticos, la perpetuación de su atraso, agravado ahora por el peso irrescatable de la deuda externa, por la imposibilidad de colocar sus productos en los mercados controlados por los centros de poder internacional, no menos que por su incomunicación; si todo esto impide —como lo hace— la unidad de sus pueblos en una confederación orgánica de naciones, ella puede realizarse, sin embargo, gradualmente, como ya lo hemos visto, en el proceso de integración de la comunidad iberoamericana con España y Portugal. Comunidad basada en el respeto mutuo de la independencia y soberanía de cada nación, que se organiza y erige como un vasto movimiento de paz y concertación. Sus objetivos fundamentales son los de movilizar el formidable potencial de recursos del espacio iberoamericano para eliminar el